

Pregón de la Virgen de Candelaria

4 de agosto de 2005

En los últimos años he pregonado las fiestas más importantes de Canarias. Lo mismo las de ámbito insular que las de ámbito municipales, incluso las de mi barrio natal de Vegueta. No he faltado en ninguna isla. Desde la fiesta de los Dolores conejera y de la Peña majorera, a la de Guadalupe gomera, el Pino canario, o las más recientes de los Reyes herreña y de las Nieves palmera. Tenía sólo esta deuda pendiente y debo agradecer al alcalde y miembros de la corporación de Candelaria la invitación a estar esta noche con ustedes para pronunciar mi último pregón festivo, el de la Virgen de Candelaria.

Han pasado más de cincuenta años desde que por vez primera me arrodillé en el Santuario de Candelaria. Para celebrar el final del tercer curso de la licenciatura de Derecho varios compañeros de estudios decidimos emprender una excursión para conocer mejor la isla que nos acogía. Desde la capital universitaria al Puerto de la Cruz para luego ascender a las Cañadas e hincar el descenso hacia Granadilla de Abona, donde pasamos la noche en una bella casona rural. Al día siguiente, nos acercamos a la costa, al Médano y al Porís y regresamos por la vieja carretera de no sé cuántos centenares de curvas hasta llegar a este lugar. Los gratos recuerdos de aquel viaje universitario no se han borrado y por ello muchas veces he vuelto como tantas generaciones de canarios, a ver, a rezar, a encontrarme con, a festejar a la patrona. Puedo confesarles que, por vocación y profesión, me he sentido a gusto siempre en cualquier lugar de las islas.

Por qué miles de canarios todos los años, y con mayor intensidad palmeros, gomeros, herreños, cada cinco o cuatro acuden en familia o solos a encontrarse en las fiestas de sus patronas. Vienen a volcar su temor, a agradecer un gesto, a buscar consuelo, a reforzar su esperanza, a enviar y recibir mensajes silenciosos que se intercambian con la mirada, a recordar manos que les estrechaban, brazos que les acogían, a coincidir sentimientos, a fortalecer creencias. Porque la cita es de fiesta y participa de las cultura popular fraguada a lo largo de los siglos, pero es también manifestación de los sentimientos religiosos de la mayoría de los canarios.

Comparto las palabras que un ilustre pregonero, Juan Cruz, pronunció en una noche como ésta, “La fiesta no se hace sólo para reír, y justamente, para festejar, se hace para reflexionar sobre la historia y sobre el porvenir; somos hombres cuyo pasado define su porvenir”.

Las generaciones de canarios que nos han precedido en las islas se identificaron inmediatamente con su virgen y su isla. Habitantes de territorios fragmentados y pequeños buscan a la Virgen como madre protectora en la que depositan toda su confianza, así cuando arrecia la sequía, explotan los volcanes, o se extienden las epidemias, el isleño moviliza a su Virgen patrona para que les defienda de la adversidad, haciéndole visitar los lugares para darles confianza. La invocación que María alcanza en cada isla se identifica con ésta de modo que le añadimos el calificativo de cada territorio. Ella, que es universal, no se molesta. Adopta la figura pequeña del rostro tostado. Quiere pasar desapercibida en la cueva, en el pino, en el barco, entre lavas. Se quiere aproximar al máximo para que cada isleño la considere suya, pero es todos y es nuestra. En este lugar incluso se anticipó a la conquista castellana y sin ningún tipo de armas obtuvo el reconocimiento y pleitesía del pueblo guanche.

La creencia en la unidad y la pluralidad en la invocación de María constituyen las raíces más profundas de nuestra cultura religiosa, que se ha extendido a otros ámbitos de nuestra vida colectiva. En esa cultura religiosa se han desarrollado valores que debemos defender y difundir porque configuran nuestra manera de ser. La fe nos ha dado la confianza de vivir en un mundo complejo, que está lejos de nosotros, y hacia el cual emprendimos millares de aventuras trasatlánticas. La tolerancia hacia lo distinto ha fecundado nuestro deseo de vivir en paz. La solidaridad con el vecino se ha impuesto sobre la ausencia de amistad. El reconocimiento y el afecto marianos han acompañado al canario cuando se vio obligado a emigrar a otras tierras para fundar ciudades o desarrollar sus economías. Forma parte de nuestra naturaleza y nos impulsa hacia nuevas metas.

En algunos momentos de nuestra historia algunos de esos valores se difuminaron y surgieron los pleitos. Se exacerbaban los territorios, se alimentaron las desconfianzas, surgieron gestos hostiles y las provocaciones. Parecía que Canarias no fuese posible. Sin embargo, lo fue, lo es y lo necesita.

Vivimos un nuevo siglo cargado de problemas nuevos que derivan de la globalización. Son problemas que nos va a afectar más a los países ricos que a los pobres. Es necesario crear las respuestas. Es imprescindible dejar de mirar con desconfianza al vecino. Necesitamos mirar sin complejos al mundo y confiar en nosotros mismos, pero unidos. Unidos lealmente y dispuestos a denunciar a los avaros sin escrúpulos, a los que pescan con explosivos y en aguas revueltas, a los que sólo tratan de sortear las tormentas económicas y olvidan el compromiso solidario de redistribuir las riquezas. La desunión nos desfigura, nos debilita, y nos desprestigia. Nos aleja de prosperar en un mundo obsesionado por el egoísmo y la insularidad. Por eso también retornamos a ver a nuestra patrona en silencio o de parranda. Buscamos una inyección de esperanza en medio del desconcierto colectivo, para poder seguir por el camino elegido. No deja de ser paradójico que desde nuestras cumbres mas elevadas nos acerquemos a realidades tan distantes que somos incapaces de comprender la medida de las mismas, mientras que desde nuestras orillas, muchos días, ni siquiera vemos a las islas mas próximas. Así, entre sueño y realidad, tan arraigados en nuestro espíritu, tenemos que seguir avanzando.

Se trataba de reflexionar en las fiestas y en ello me he esforzado. Quédense con la vinculación de cada isla con la correspondiente invocación mariana. En esas imágenes encontramos todas las virtudes de María que el pueblo canario siempre ha tomado como modelo de ser: humildad, pequeñez, sencillez, bondad. Siendo fieles a esas virtudes no tendremos problemas para hacer frente al futuro. Desde la cumbre hasta la arena su manto nos protege.

Señores tocadores la fiesta ha empezado. Devotos y peregrinos dispónganse a venir que el día quince de agosto la Virgen de Candelaria va a salir. Concluyamos parafraseando al gran autor canario: “la Virgen ya está saliendo, la Virgen ya va a salir”.

Muchas gracias.

*Jerónimo Saavedra Acevedo
Ex Presidente de la Comunidad Autónoma de Canarias*